

Juanitus Magnificus



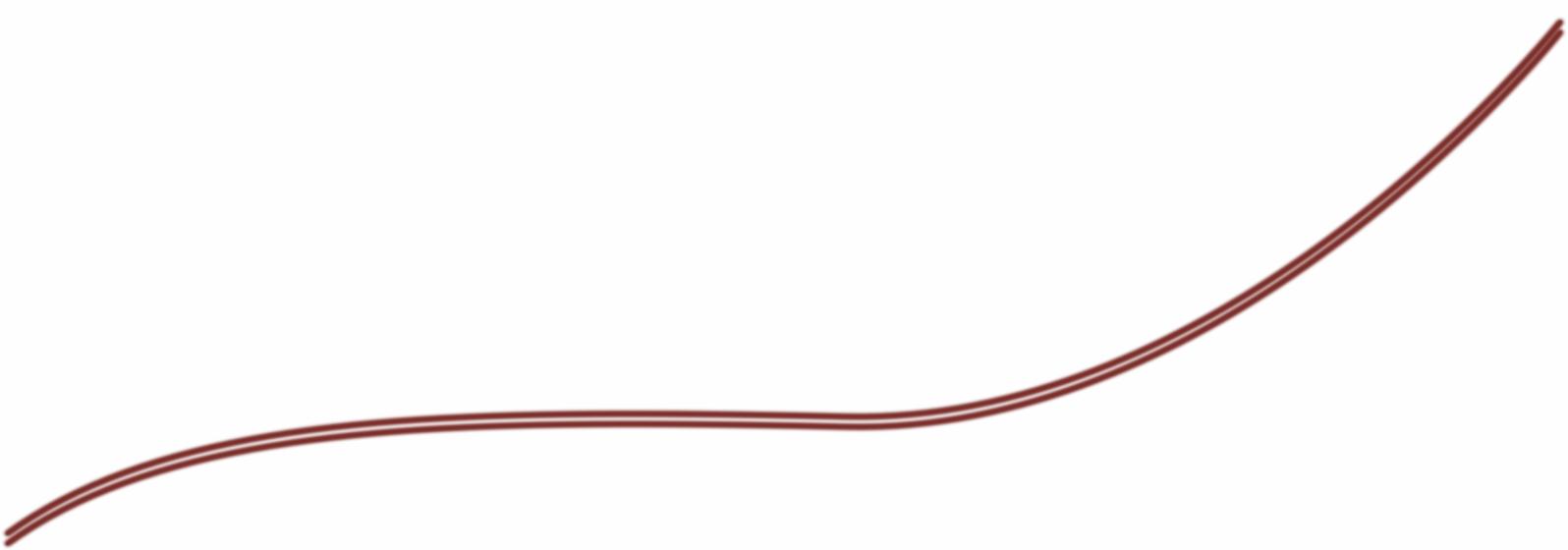
ALFREDO GAVÍN

INICIUS

Juanitus, en su edad escolar,
leyó “El rayo que no cesa”
y quedó conmovido con los poemas de Miguel Hernández.
Fue como si un meteorito, fulgor incandescente,
hubiera caído a sus pies en medio de una noche estrellada.
Una revelación súbita que despertó
una pulsión interior desconocida hasta entonces.
Se asomó al abismo de la palabra que ilumina el alma
y sintió el deseo de emular aquella magia.
Quería acercarse a esa energía,
tocarla, tenerla, usarla.

Una tarde de su adolescencia primera,
se puso un algodón en los oídos, cerró los ojos
y se dejó embriagar por la emoción de sentir
que las palabras venían con una música nunca escuchada,
con un sentido que abría una comprensión nueva.
Fue su primer poema, una solución a su realidad.
Pautas morales que comenzaban a imponerse
como límites hirientes del camino.
Un despertar, una visión que iluminaba y desbrozaba
la maraña que cernía su mente confusa.

El poema, sencillo, elemental,
apareció como un rayo que no le fulminó
sino que despertó su sensibilidad no comprendida.
Desde entonces, Juanitus, es un hombre
que viste el traje desaliñado del poeta,
sin menoscabo de salir a comprar manzanas
como un hombre que compra manzanas
y sabe comprar manzanas.



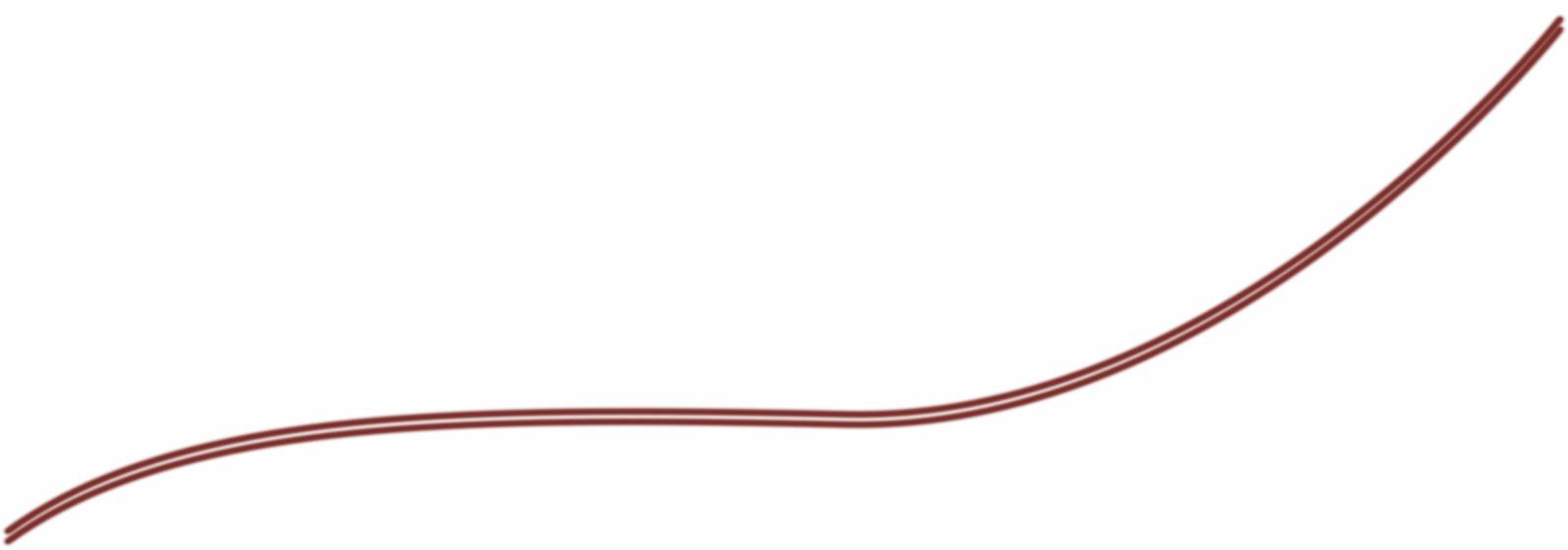
BAR

Juanitus tuvo un bar.
De allí le viene su extenso y fértil conocimiento
de la fauna humana.
Tuvo que tratar con todo tipo de personajes,
desde los más anestesiados a los más virulentos.
Nunca se sabe lo que puede entrar por la puerta de un bar.
Desde los insectos efímeros
hasta los dromedarios insaciables.

Juanitus recuerda a calaveras equinas con armas blancas,
a señoras mendicantes de amor
 que hablaban con carniceros
 que servían las piezas al tajo,
a caballeros insolentes con un palillo en la boca,
o caballeros andantes
 que daban lustre a su impotencia,
a señoritas con demasiados años soñando en soledad,
a espectros con el alma olvidada en los espejos,
a fantasmas y cucarachas que salían
de los cuchitriles administrativos
 con una decadencia ilustrada y pedante,
a jóvenes depravados y chicas que les seguían la corriente
 y hasta les superaban en las hazañas
 de frontera y alcohol,
a serpientes que habían dejado
a sus chiquillos en la guardería
 y pasaban las horas de la espera fumando y bebiendo
 justificadamente,
a obreros del metal que pedían una caña y después otra y
después otra
 y se volvían de nuevo al curro pues faltaban
 diez minutos para acabar el turno,
a seres depresivos que montaban en cólera
por nimiedades de miradas
 y otras desviaciones de sombras líquidas y cristalinas,
a héroes anónimos de la mentira,
 a cantantes sin micrófono y luengas barbas,
 a patriotas desaliñados y sin memoria,

y a una larga nómina de ciudadanos
que formaban el arco iris
de la orfandad del mundo.

De esa experiencia tabernaria, Juanitus
derivó una máxima existencial que lo define:
sonrisas y distancia.



DECISIÓN

Entre la sepia y el calamar,
Juanitus tiene una decisión irreductible:
prefiere la sepia porque
el ansia de comer sepia se le aparece en los sueños
y la del calamar no.

PROCESIÓN

En un tiempo, Juanitus
militó en las juventudes comunistas,
ya de mayor, engrosó las listas
de la socialdemocracia, ahora,
habiendo pasado por el desengaño,
tiene la tentación del escepticismo.

Se puede ser escéptico, pero moderadamente,
dice Juanitus,
escéptico, pero sin perder el fervor.

Vivir para llegar a la conclusión
de que el mundo es una porquería
y que la gente no vale la pena
es de una idiotez rotunda e inadmisibile.

Por eso Juanitus siempre te recibe con entusiasmo,
aunque la procesión vaya por dentro.
Como debe ser, sentencia Juanitus,
tu procesión es privada y debe cumplir sus pasos
por tus venas, no por las venas de los otros.

